

Leg 5º jaqueta 13

~~p. 8~~

La razon y la revelacion.

350

UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0350

DISCURSO  
LA RAZON Y LA REVELACION.

UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0350

HTCA

U/Bc LEG 5-1 n°350



1>0 0 0 0 2 7 7 4 4 9

LA RAZON Y LA REVELACION

DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DOCTOR DON DONCELO MARIANO GARCIA

LA RAZON Y LA REVELACION

8

DE DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA

LA RAZON Y LA REVELACION.

---

# DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRESBITERO LICENCIADO

**DON GORGONIO MARIA MORO Y GARCIA,**

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA

**DE DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA.**



MADRID: 1880.

IMPRESA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO,  
á cargo de D. Agustin Avrial.

*UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0350*

LA LEY Y LA JUSTICIA

# DISCURSO

1880

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DEL INSTITUTO NACIONAL

DOCTOR DON GORGONIO MARIANO NOVO Y GARCIA

EN EL AÑO DE 1880

Deseo que el espíritu de libertad que en los tiempos  
 de la ilustración se despertó en España, se reanude  
 también en esta nación, para que se abra el camino  
 de la libertad humana y se adopten los principios  
 que son la base de la civilización moderna.

(Dividido de todo lo pasado, como si la historia no fuese  
 más que un sueño, con el espíritu de libertad y de justicia  
 de la ilustración, que es el espíritu de la humanidad.)

---

*Excmo. é Ilmo. Señor:*

**D**ESDE que el espíritu de soberbia dividió en dos campos la católica Europa del siglo XVI; desde que Lutero con su pretendida reforma inauguró la funesta via del espíritu privado, no se ha cesado de clamar enérgicamente contra la autoridad de la Iglesia Romana y su doctrina. Y no podía menos de ser así. Falto de precedentes tan pernicioso sistema, hubo de pretenderse apoyarle en las calumniosas diatribas lanzadas de continuo por sus fautores, contra lo que desde la mas remota antigüedad estaba universalmente recibido como una institucion sagrada establecida por el Hombre-Dios en beneficio de la humanidad.

Olvidados de todo lo pasado, como si la historia no fuese nada para ellos, acusaban á la Iglesia Católica y su doctrina de demasiado depresiva de la inteligencia humana, pues así

con una como con otra, era de todo punto imposible, según su creencia, el desarrollo de las facultades intelectuales y progreso científico. Bajo la influencia de entrambas la razón tenía trazado su círculo de acción, al cual se hallaba tan fuertemente asida que le hacía gemir en vergonzoso y tiránico cautiverio. Con objeto, pues, de libertar al hombre de tan ignominiosa esclavitud, para emancipar el pensamiento del vínculo de la Fe, para realizar el progreso y salir de las *tinieblas y oscurantismo en los cuales yaciera sumido* por tanto tiempo el espíritu humano, principiaron por declarar incompatible la revelación divina con la razón humana. Y desde entonces no se ha desistido de tan atrevidas y absurdas pretensiones, pues enorgullecido el siglo XIX con sus adelantos científicos, especialmente en las ciencias físico-matemáticas, al presenciar los incrédulos de nuestros días la actividad sorprendente de los ferro-carriles y telégrafos, han creído llegado el día de sustraerse á la acción de la Fe, y proclamar muy alto que esta es señal inequívoca de retroceso.

Con este motivo pretenden hacer creer que la sumisión de los Católicos en materias de Fe, quebranta de tal suerte el vuelo del espíritu y anonada tan completamente la libertad de examinar hasta en ramos no pertenecientes á religión, que somos incapaces de una filosofía elevada é independiente.

Nada sin embargo mas gratuito y absurdo que la precedente aserción, pues no admite duda que el asentimiento de los Católicos á los dogmas revelados, en nada cercena la libertad justa y razonable que el entendimiento debe tener en sus investigaciones científicas; así se ha demostrado mas de una vez por hombres eminentes nacidos en el seno del



mismo Catolicismo, quienes no contentos con rechazar semejante calumnia, probaron hasta la evidencia que la civilizacion europea y estado actual de las ciencias es debido tan solo y exclusivamente á la doctrina revelada; que los siglos de ignorancia y épocas de entorpecimiento de la inteligencia humana, que ocupan no pocas páginas en la historia de la humanidad no han reconocido otra causa que la incredulidad y abandono de la verdad divina.

Para ello establecieron en primer término y como verdad fundamental la mas completa analogía entre la razon y la revelacion: por lo que á mi toca, aunque destituido de las relevantes cualidades de los que en esta materia me precedieron, y con el objeto de exponer lo que hay de verdad en la presente materia, segun la doctrina católica, ofrezco al respetabilísimo Claustro la siguiente proposicion: *La revelacion divina y positiva no es contraria á la razon natural, ni se opone al desarrollo progresivo y científico de la inteligencia humana.*

Cualquiera que sea, Excmo. Señor, el punto de vista bajo el cual consideremos los dos términos de la proposicion prefijada, forzoso es convenir, en que atendida su naturaleza son otros tantos medios de que el entendimiento humano dispone para llegar á la consecucion de la verdad. Esto supuesto, con la simple enunciacion de semejante precedente se descubre á mi vista el anchuroso campo y espaciosa via que pienso recorrer en la continuacion de mi discurso. En efecto, la razon y la revelacion tienden á la verdad por medio del conocimiento, pues por la una adquirimos idea de una cosa en virtud de nuestras facultades conociéndola intrinsecamente, y por la otra

obtenemos el mismo resultado por medio de la autoridad. Esta es la causa de ser el asentimiento de los Católicos á las verdades reveladas enteramente libre y razonable, y de ninguna manera ciego y necesario, como dice el Apóstol «*rationabile sit obsequium vestrum*» porque si bien el hombre no asiente mediante un conocimiento intrínseco del objeto, no por eso deja de conocer su veracidad mediante un acto reflejo; esto es, por la autoridad ó motivos de credibilidad que acompañan siempre á la revelacion divina; de aquí se infiere por consiguiente que no excluya la una á la otra, ni haya repugnancia posible bajo cualquier aspecto que se las considere. Para uno y otro caso era indispensable segun las reglas de la dialéctica, que lo que incluyera una de positivo, tuviera otra de negacion; si pues la razon y la revelacion llevan al hombre al conocimiento de la cosa aunque de distinto modo, es claramente manifesto, que podrá cuando mas haber diversidad, pero nunca mútua oposicion. Y tan cierto es esto, que la diferencia que establecemos en la verdad dividiéndola en natural y sobrenatural, no procede precisamente de la diversidad de su naturaleza, sino mas bien de las distintas relaciones que tiene con el entendimiento humano; pues la verdad considerada en si misma no es otra cosa que lo que es segun la sublime expresion de San Agustin, *una et indivisibilis semper*: de ahí que la verdad en sus distintos órdenes tiene la misma esencia, y el referirla á ellos procede tan solo de la limitacion de la inteligencia humana, la cual da el dictado de natural á todo aquello que encuentra dentro del círculo de sus facultades, y de sobrenatural á lo que excede sus marcados límites. Es de todo punto imposible por otra parte la

repugnancia entre la razon y revelacion atendido su comun origen, pues es evidente que toda verdad, sea cualquiera el órden á que pertenezca, tiene necesariamente su origen en la verdad absoluta, Dios. Asi se ha declarado expresamente por la autoridad suprema de la Iglesia en el año de 1855, la cual con el objeto de rebatir algunos errores que por aquel tiempo se proferian, se dirigió á la inteligencia católica en estos términos: «Aunque la Fe es sobre la razon, ninguna repugnancia ú oposicion hay entre ellas, sino que mas bien se favorecen mutuamente, pues una y otra nacen de una misma fuente que es la verdad eterna. Recíprocamente se auxilian la razon y la revelacion, pues por medio de la primera conocemos las verdades fundamentales de la inteligencia humana, las cuales como verdaderos preámbulos de la Fe nos conducen admirablemente al conocimiento de las verdades reveladas. Solo así podemos comprender la propagacion del cristianismo entre los pueblos infieles destituidos completamente de todo conocimiento de las verdades sobrenaturales, y no de otra manera se explica el dictado de *Pedagogia ad fidem* con que los Santos Padres denominaron á la razon natural. Son indudables por otra parte y de mayor consideracion aun las ventajas que la revelacion divina proporciona á nuestra inteligencia, pues semejante á un luminosísimo faro puesto en medio del océano de la vida, guia y lleva hasta seguro puerto de salvacion, al través de las oscuridades que por doquiera nos rodean, al espíritu del hombre; aumenta en primer lugar el escaso número de verdades que á nuestro entendimiento anteriormente se ofrecieran, enriqueciendo nuestros conocimientos de un modo extraordinario, á par que le

alienta poderosamente para que con facilidad y firmeza proceda á ulteriores investigaciones. Tales son en verdad los beneficios dispensados al hombre por la revelacion divina positiva, que por su medio y sin necesidad de otro auxilio puede superar la impotencia moral en que anteriormente se hallaba para conocer no ya las verdades sobrenaturales que como pertenecientes á un órden mas elevado eran inaccesibles á su inteligencia, sino aun las que constituian la ley natural y cuyo cumplimiento érale absolutamente preciso para el cumplimiento de sus mas apremiantes obligaciones.

Estas, no todas se ofrecen de un modo luminoso y con igual claridad á nuestras facultades intelectuales, ni es posible abarcar en toda su latitud y apreciar debidamente el conjunto de todas ellas. Sabida es la limitacion del entendimiento humano considerado en sí mismo y aisladamente para la adquisicion de la verdad, y sabido es por otra parte lo mucho que se aumenta esta dificultad y los esfuerzos considerables que tiene que hacer para conocerla, cuando multitud de objetos distintos con diferentes circunstancias combinados reclaman de igual manera su consideracion.

Bien penetrado el Angélico Doctor de la verdad precedente, fundada en la naturaleza de las cosas, establece una bellissima teoria digna de la mayor atencion sobre las verdades naturales. Divide á estas en generalisimas, generales y remotas: pertenecen á la primera clase todos aquellos principios de la ley natural para cuyo conocimiento basta su simple enunciacion, siendo esta la causa de que aparezcan siempre de un modo constante y universal en la variada historia de los conocimientos humanos, pues que no se da ignorancia invencible

acerca de ellas, ni hay posibilidad de que sea apreciado de distinto modo su valor intrínseco. De estas se deducen inmediatamente y sin necesidad de grandes esfuerzos algunas otras verdades, así teóricas como prácticas, y á quienes Santo Tomas da el dictado de menos generales, cuyo conocimiento sin embargo no es tan comun ni constante como los principios de donde emanan, porque no se adquieren sin la correspondiente deducción. La necesidad por tanto de esta operacion intelectual; los diversos medios que se pongan en combinacion para efectuarla, y por último la mayor ó menor facilidad de nuestro entendimiento en semejante clase de operaciones intelectuales, son otros tantos obstáculos que motiva la ignorancia de ellas y asegura la diversidad de su apreciacion. Si pues esto sucede con las verdades secundarias, ¿cuánta dificultad no habrá en conocer las verdades remotas, que se deducen muy lejanamente de aquellas? ¿Hay en todos los hombres por ventura igual actividad para que puedan llevar á cabo felizmente la deducción operosísima que es necesario practicar para llegar á su consecucion? ¿Es igual en todos la penetracion suma que se requiere para adquirir los medios necesarios para ello, y despues de poseidos, hacer en su virtud las debidas aplicaciones hasta llegar al deseado término? ¿Cuántos pueden resistir á los impetuosos arranques de sus pasiones y salvar las circunstancias en extremo numerosas y diferentes con que la mayor parte de los objetos á que se refieren estas verdades, aparecen á nuestra vista? ¿No hay una repugnancia extremada en todo hombre á la laboriosidad de todo género y demasiada propension á la indolencia? Cuando pues las verdades llamadas remotas constituyen en su mayor parte la ley natural, ¿no es

temeridad negar el beneficio de la revelacion divina y positiva, por cuyo medio estamos en perfecta posesion de todas ellas? ¿Y que será, si atendemos á que las precedentes dificultades se salvaron, no tan solo con respecto á nuestro entendimiento, sino que del modo mas eficaz en lo concerniente á su realizacion, por la Religion Cristiana? ¿Podemos negar el completo olvido y la falta de práctica de estas verdades en los tiempos anteriores al Cristianismo? ¿Cuál era el estado en esa época de los pueblos destituidos de la revelacion? ¿No es verdad que los caprichos humanos y ficciones poéticas sustituyeran indigna y vergozosamente en todas partes á la infalible autoridad divina? ¿No se creian por todos los mas absurdos errores asi teóricos como prácticos? ¿No es cierto asimismo que los derechos sagrados de la verdad fueran hollados lastimosamente por ridiculas extravagancias en todas ocasiones, y que el criminal escándalo y la abominable impureza tuvieran su asiento en la voluntad asi de individuos como de naciones? Pues bien, todos estos absurdos errores é inmorales costumbres fueron plenamente destruidos mediante la recta y saludable direccion comunicada al entendimiento humano por la revelacion divina.

Por ella posee el hombre un número incalculable de verdades con la facilidad y seguridad mas completas, y estas á su vez le sirven de otros tantos principios para que con las mismas haga infinitas y útiles escursiones en el campo de la ciencia. El asentimiento en este caso estriba y no puede menos de apoyarse en el testimonio irrecusable y á todas luces infalible de la verdad eterna. Con solo su dicho y sin necesidad de mas dispone el cristiano, si me es lícito decirlo así,

de la esencia misma de las cosas, porque la revelacion no es ni puede ser mas que el conjunto de verdades esenciales ó basadas en la esencia de Dios, del hombre y la sociedad. De aquí proviene ciertamente el caracter especial de la civilizacion y costumbres de los pueblos sometidos á la influencia del Cristianismo. En vano se buscará en ellos la divergencia y abatimiento que reinaba en los pueblos anteriores á la sublime enseñanza del Evangelio, en donde el hombre material tenia absorbido al hombre religioso, y por cuya razon eran entre ellos casi completamente nulas las ideas de moralidad.

Las naciones modernas, por el contrario, formadas en el seno y bajo el benéfico influjo del Catolicismo reciben su principal impulso y tienen como motor primario de su vida social los principios de religion. Por esto, las cuestiones religiosas en ellas suscitadas las conmueven profundamente; las disidencias en materias de religion son vitales para las mismas, y por esto en fin la necesidad de su represion por todos los medios de que dispongan las autoridades legítimas que estan á su frente. Por lo que mira á la Iglesia Católica, y prescindiendo de otros muchos medios que estan á su alcance, siempre ha considerado como uno de las mas eficaces la propagacion y desarrollo de las ciencias Eclesiásticas.

Tan luego como se vió libre de la bárbara y cruel opresion del gentilismo; asi que con la paz de Constantino adquirió la estabilidad y libertad indispensables para el cumplimiento de su mision sobre la tierra, la vemos atender con particular ahinco á la instruccion de los Sacerdotes y fieles. Se establecen por San Agustin y otros Obispos celosos de

aquella época escuelas episcopales, en donde y bajo la dirección del mismo Prelado adquieren los Ministros de la Iglesia los conocimientos necesarios para dirigir con acierto la inteligencia del hombre.

Desde entonces data la regularización de las ciencias Eclesiásticas, cuyo cultivo constituyó posteriormente el único refugio del saber humano. A pesar, en efecto, de la ignorancia y relajación universales de los siglos medios elaboradas por la violenta irrupción de los bárbaros del Norte sobre el antiguo Imperio Romano; por sus hábitos repugnantes y feroces; por el sistema feudal en fin, que fue el árbitro en muchos siglos de los destinos de Europa; pudieron conservarse los preciosos restos del saber antiguo en las escuelas monásticas. En estos institutos no tan solo se cultivaron las ciencias Eclesiásticas, sino que también eran objeto de su mucha laboriosidad las llamadas profanas. A ellos y exclusivamente à ellos debemos la posesión de las obras científicas de las edades más remotas, con que tanto y tan justamente se gloriaron los siglos posteriores.

Estos precedentes que sirvieron de base para la regeneración científica de la época siguiente, fueron la causa del gran desarrollo de la inteligencia humana, bajo cuya influencia se formaron mil y mil sabios de primera nota, que aun hoy mismo son objeto de admiración del mundo científico. ¿Qué otra cosa son en efecto los Damascenos, Bernardos y Anselmos? ¿A quién no cautivan la precisión, exactitud de las notabilísimas producciones de Graciano y Lombardo? ¿Quién no ve en Santo Tomás de Aquino la síntesis más completa del humano saber en casi todas las materias que sirven de objeto



á nuestras investigaciones científicas? Y ¿cómo enumerar los progresos que se hicieron en las materias abstractas en la época del escolasticismo? Bien sé, Excmo. Señor, que la forma escolástica no tiene muchas simpatías en nuestro siglo, por cuyo motivo ha sido duramente impugnada por algunos escritores contemporáneos; pero prescindiendo de las cualidades intrínsecas que la recomiendan sobremanera, y ateniéndome solo á sus resultados, fácil es conocer la injusticia y parcialidad de semejantes acusaciones, pues que adoptada en los estudios generales, Universidades y Colegios fue la única forma bajo la cual se cultivaron largos años todas las ciencias. En ella se educaron grandes Teólogos, Canonistas y Filósofos de nuestra España, cuyos consejos eran ávidamente solicitados por los Reyes, Emperadores y Papas, y cuyas explicaciones elevaron hasta el mas alto grado y llenaron de imprecédera gloria nuestras célebres Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares.

Nunca, Excmo. Señor, se borrarán de mi memoria los gratos nombres de los Herreras, Fr. Luis de Leon, Rioja, Sotos, Cano, Carranza, Luis Vives, Fonseca, Suarez, Molina, Valencia y tantos otros que salidos de nuestras célebres Escuelas ocuparon un lugar muy distinguido en el respetabilísimo Concilio de Trento, en donde tan sabiamente defendieron contra la herejía protestante la verdad del dogma Católico. Este habia sido impugnado por el protestantismo en nombre de la civilizacion y progresos de la humanidad; para ello se echó mano de las ciencias fisico-naturales, de la imprenta, literatura, geografía y cronología. En todas las ciencias queria ver el protestante sólidos argumentos contra nuestras creen-

cias, y absurdas contradicciones que falseaban la verdad Evangélica. Pero en donde esto se hacia, allí mismo halló el error su más plena refutación y la verdad aseguró su triunfo mas y mas.

Merced á los sabios del Catolicismo se proclamaron por todas partes sus imprescriptibles fueros, y se pusieron en evidencia los estrechos lazos en que se unen admirablemente la verdad científica y la Religion Cristiana. Igual suerte hubo de caer al error cuando siglos posteriores pretendiera alterar el curso natural y sencillo de nuestra Sacrosanta Religion. Armanse contra ella en el siglo pasado las absurdas teorías del Teísmo, Criticismo histórico, Enciclopedismo y Filosofismo; pero no faltaron valerosos adalides que vindicaran una vez mas sus invulnerables cuanto sagrados derechos. Respondan si no por mí las elocuentes plumas de Bossuet, Fenelon, Massillon, el inmortal Benedicto XIV y otros innumerables.

Y últimamente, Excmo. Señor, apenas en nuestros dias se han proclamado con furioso ardor las doctrinas panteísticas, disfrazadas en el realismo de Schelling, ó idealismo de Hegel, ó bien en la confusion del yo y no yo subjetivo y objetivo de Can y Ficté, hemos visto á Maistre, Perrone, Augusto Nicolas y nuestros célebres compatriotas Donoso Cortés y Balmes, salir con denuedo á la defensa de la verdad Evangélica, y no cejar en su noble y laudable propósito hasta ver asegurado definitivamente su triunfo. Por manera, que á no haber sido los esfuerzos de los Católicos en todas las épocas por el sostenimiento de la verdad revelada y la eficacia intrínseca de esta misma, el estado actual de nuestros conocimientos científicos sería ciertamente muy deplorable, por cuanto naturalmente hablando, considerada la debilidad de nuestra inteligencia, hu-

bieran sucedido multitud de defecciones, atendidos los impetuosos y continuos ataques de que ha sido objeto algunos siglos hace.

Dificilmente se hubiera podido sostener en el terreno de la verdad, no pudiéndose libertar de las malévolas asechanzas con que el error mil y mil veces ha pretendido cautivar en sus insidiosos lazos. Por consiguiente, aunque la verdad revelada no hubiera dado un solo paso en las investigaciones científicas, y si solo hubiese sido una poderosa palanca giratoria de nuestro entendimiento, y merced á ella se hubieran sostenido y podido evitar los deplorables extravíos que tanto le degradan, el beneficio á que le seríamos deudores sería indudablemente inmenso.

Pero no hay que temer, Excmo Señor, que la obra de la revelacion divina produzca tan solo este resultado. Ya hemos visto que sus beneficios son muchos mas extensos. Hemos probado que no puede asegurarse bajo ningun aspecto la mas mínima contradiccion entre la verdad revelada y la razon natural, ya se consideren en sí mismas, en su naturaleza, objeto de sus atribuciones, y término á que cada cual aspira. Así una como otra parten de Dios, fuente de toda verdad; ambas tienen por objeto de sus investigaciones científicas la misma única é indivisible verdad, pues que la diferencia que de esta se hace tan solo es con respecto á nuestra inteligencia humana, y de ninguna manera atendida su constitucion radical. La razon natural y revelacion divina no son otra cosa que dos distintos medios por los que llegamos felizmente á la adquisicion de la verdad; otros tantos focos de luz ó faros que iluminan la inteligencia del mortal viajero á través de los solitarios desiertos

de esta vida; en una palabra, y por valerme de expresiones metafísicas, para que pudiéramos decir que habia repugnancia ó contradiccion entre una y otra, era indispensable que lo que una afirmara, negara otra en idéntico sentido, y asi se excluyeran mutuamente; pero mientras esto no se pruebe, la verdad seguirá en tranquila posesion de sus derechos, y nosotros estaremos seguros de la conviccion de nuestra creencia. A mayor abundamiento hemos probado tambien esta verdad por medio de sus resultados. Las causas se conocen por los efectos; y siendo una de los distintivos mas singulares de la obra divina la fecundidad, era imposible que su revelacion careciera de ella y se viera condenada á la esterilidad. Y en efecto, completamente desordenadas la inteligencia y voluntad de los hombres á la aparicion del Cristianismo, como que una y otra habian falsificado su objeto propio; como que los hombres en aquellos desgraciados tiempos, olvidados del verdadero Dios, fijaban sus miradas en la naturaleza material, imágenes poéticas ó ficciones fantásticas; como que en su virtud se creian por doquiera los mas groseros y absurdos errores, y se practicaban por todas partes las mas repugnantes atrocidades; en tan deplorable estado, repito, solo la verdad divina, la Religion Cristiana pudo libertar á la desgraciada humanidad de todos sus extravíos. Y así es la verdad. La Religion Cristiana puso á disposicion de nuestra inteligencia con una seguridad completa y facilidad suma todas las verdades pertenecientes á la ley natural, aun aquellas que por su remota deducion de los principios primarios eran al hombre tan dificiles de conseguir.

Por medio de ella posee el hombre un cuerpo completo de

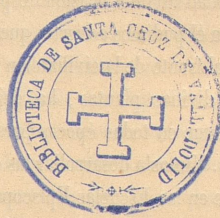
doctrina, así en su parte teórica como práctica, y además los indispensables auxilios para llevar á cabo su cumplimiento. Las verdades por otra parte de la Religión Católica guardan exacta y rigurosa conformidad con la naturaleza divina, humana y de la sociedad, de donde se sigue lógicamente que el auxilio prestado por la revelación á nuestro entendimiento es sobrenatural, eficaz y extraordinario. Sin embargo, esta misma verdad tuvimos ocasión de probarla en el terreno de los hechos. En él pudimos advertir que la Iglesia Católica siempre ha estado al frente de la civilización, y que doquier haya estam-pado sus divinas plantas, ha dejado rastros luminosos del desarrollo que en todas épocas presta á nuestras facultades intelectuales. Vimosla desarrollar las ciencias Eclesiásticas, principalmente en las Escuelas Episcopales; y más tarde observamos que las Monásticas fueron el centro del saber humano y el único asilo donde hubieron de guarecerse los preciosos restos del saber antiguo. Hubimos de notar también los grandes sabios europeos que merced al escolasticismo dispusieron del mundo en las edades siguientes. Vemos por fin á celeberrimos Católicos defender con denuedo nuestra veneranda Religión de la maledicencia protestante y de todos los absurdos sistemas que han pretendido en su necio orgullo sustituirla.

Por último, hoy que el panteísmo, indiferentismo, socialismo y otros mil sistemas se han desencadenado furiosamente contra el dogma católico, no han faltado por cierto hombres respetables que, rechazando sus impugnaciones, hayan defendido de la manera más completa la Religión del Crucificado.

Si pues, Excmo. Señor, mi aserto se halla plenamente con-

firmado por la naturaleza de las cosas y sucesivo desenvolvimiento de los hechos por espacio de muchos siglos, séame lícito afirmar por conclusion, que la Revelacion divina y positiva no es contraria á la razon natural, ni se opone al desarrollo progresivo y científico de la inteligencia humana.

HE DICHO.





*UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0350*